

Y mientras que, en el júbilo, el aire se alborota,
Y suena por las ramas su acento silbador,
Al pie del tronco yace, oculta, helada, ignota,
Y muda entre el estrépito, la solitaria flor.

Así entre la magnífica comparsa que se mueve,
Y empújame, y ahógame, y obligame á quejar,
No hay uno que hacia abajo la alegre vista lleve,
No hay uno que, por lástima, me venga á saludar.

Y oculto y melancólico, entre el común contento,
No salgo de la esfera donde penando estoy,
Y, lejos de mi patria, engaño mi tormento, [voy.
Diciendo: ¿Á quién le importa? De vuestro Edén me

Y si hay una entre tantas, cuyos azules ojos
Hacia el proscrito errante se vuelvan por ventura,
Los ojos del proscrito evitan su hermosura
Y elévanse hacia el cielo en busca de su Dios;
Que la mujer, sus risas, sus tímidos sonrojos,
No encuentran en el pecho, para el deleite muerto,
Sino la arena estéril de un árido desierto,
Do apenas queda un eco para decir: ¡Adiós!



JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ

Es éste uno de los más egregios poetas líricos que ha producido Colombia, « capaz de elevarse en sus buenos momentos al nivel de lo mejor de Quintana, con animación no menos férvida y más jugo de alma ». Sobre *Los Colonos*, con que damos principio á esta sección, dice el señor Menéndez y Pelayo: « ¡Espléndido canto es éste, y salvo algunas caídas de estilo, no muy frecuentes, la mejor composición de Ortiz y una de las más finas joyas de la poesía americana! Poesía descriptiva á un tiempo y lírica, con algunos rasgos del estilo de Virgilio y de Bello, ajeno á la habitual manera de Ortiz, pero que indican lo que en este género hubiera podido hacer, aplicando á su estilo una labor más severa y paciente, y buscando en sus descripciones la precisión más que el lujo. » Ortiz era además un elegante escritor de prosa y un erudito y ardiente controversista católico. Perteneció á la Academia Colombiana. Nació en Tunja, Departamento de Boyacá, el 10 de Julio de 1814, y murió en Bogotá el 14 de Febrero de 1892.



LOS COLONOS

No por florido otero ó verde riba
Á la margen de río clamoroso
Cuya onda fugitiva
Entre tupido bosque y fresca grama,
Como formando diálogo quejoso,
De la urna espumosa se derrama,
Mas envuelto en el denso torbellino
De seco polvo que alza galopando
Mi corcel generoso,
Á la ciudad distante me encamino.

¡ Vedla ! ¡ allá está ! Sus blancas, altas torres
Entre espirales de humo se levantan
Sobre los rojos techos,
Y raros grupos de árboles á trechos
Alzan por cima su greñuda copa.
¡ Oíd ; el murmurar del pueblo llega
Al acercarnos más, cual voz de un río
Que despeñado de la sierra baja,
Y los peñascos con su espuma arropa
Y en altos tumbos fiero se desgaja.
De caballos el trote,
Y el chirriar de los carros en las guijas

Y el tráfago de gentes afanadas
Sordamente resuena,
Y hierve la ciudad como si fuese
De los hombres anchísima colmena.

¡ Mas no fué siempre así ! Mi fantasía
Á la pasada edad tornando el vuelo,
Se place en contemplar la dulce patria
De su oriente pacífico en el día.
Donde hoy, bajo la cúpula que al cielo
Se yergue de basilica suntuosa,
El altar santo queda,
Con el céfiro manso una arboleda
De robles seculares se mecía ;
Y aquel otero allá, de donde corre
Primero, rotas peñas quebrantando,
De linfas claras resonante río,
De cabañas de bálago cubiertas
Era entonces un pobre caserío.

¿ Y en qué lugar al aire abierto un día
La redentora cruz se alzó primero ?
El escuadrón conquistador la frente
Humillado inclinaba,
Mientras la muisca gente
Viendo rendir el formidable acero
Que desquició su antigua monarquía,
Llena de mudo asombro se extasiaba.

¡ Oh ! ¡ ven conmigo, antigua amiga mía,
Musa ! que no quemaste un solo grano

De incienso nunca ante ningún tirano ;
 Tú que arrojas coronas enlazadas
 Con ramas de laurel, que jamás muere,
 Para ceñir la sien, no del guerrero
 Que se alza, lidia y triunfa,
 Y cual tormenta que pasando asuela,
 Dejando en pos de sí tristes despojos,
 Mas la frente del útil ciudadano
 Que primero este campo hizo fecundo
 Sembrando en la era el extranjero grano ;
 Del cenobita impávido que al centro
 Penetró del desierto más profundo,
 Y á la vida social al indio errante
 Redujo del amor con suave mano ;
 Y del que pan y regalado lecho
 Dió cariñoso al desvalido infante.

¡ Oíd cómo resuena
 Adentro la montaña con los golpes
 Del hacha! Ya en la loma más distante
 Prende voraz el fuego,
 Y el humo azul camina lentamente,
 Mas se derrama luego
 Por los collados todos ;
 Y el águila imperial, alipotente,
 Fija la vista al sol, alza su vuelo,
 Y se pierde en las nubes arrolladas
 En la región espléndida del cielo.

Y mirad más acá cuál va inclinado
 Bajo el fecundo arado

El toro, padre de la grey ; el seno
 De la tierra rompiéndose negrea,
 Y la que antes espada destructora
 Resplandeció ominosa 'en la pelea,
 Hora en reja cambiada
 Entre los grandes surcos centellea ;
 Y ese que, hoy labrador, ayer guerrero,
 El mar cruzó trayendo el rubio grano
 Que derramado en la era
 Dará abundancia á la colonia entera,
 Después verá doblándose á los soplos
 Del favonio süave
 La frágil caña con la espiga grave ;
 Otro la carga llevará al molino,
 Y entre el fragor del agua despeñada,
 En el estrecho cauce atormentada
 Do se cambia en espuma cristalina,
 Recogerá, saltando en leves ondas
 El blanco río de menuda harina.

Ya que musa servil loores canta
 Al guerrero que al mundo en sangre tiñe
 Y la corona á la virtud debida
 Doblando la rodilla humilde ciñe ;
 ¡ Musa mía! levanta
 De éstos los nombres sin culpable miedo,
 Y mi patria no ignore
 Que el inmenso bien debe
 Á Briceno y á Aguayo y á Acevedo.
 Y de prez no menor dignos se hicieron
 Para ilustrar su nombre,
 Aquellos españoles que trajeron

Los animales útiles al hombre.
 Junto al hogar medio apagado yace
 Adormido el lebrél de noble raza :
 Mas oiga el eco gemebundo apenas
 De la armoniosa trompa de la caza,
 Y veréislo partir. La tierra toca
 El delicado muso, alarga el cuello,
 Y, cual la flecha que silbando rasa,
 Con vivisimos saltos atraviesa
 Tras la tímida corza ó suelta liebre
 El llano, el bosque, el río, la alta roca
 Hasta que al fin la presa
 Vencida rinde y bárbaro apedaza.

¡ Con qué estúpido pasmo no vería
 El indio inculto por la vez primera
 El altivo corcel! No de la trompa
 El ronco son espera ;
 La leve oreja tiende
 Y el fácil cuello enarca
 Al rumor de los céfiros de Mayo,
 Y fogoso, impaciente se enarmona ;
 Súbito fuego su pupila enciende,
 Dejando ver de su ojo todo el blanco,
 Atrás echa la crin en ondas sueltas
 Sobre el trémulo flanco,
 Y libre del ronzal que lo aprisiona
 Vuela en el campo abierto ;
 Traspasa el seco erial, solo y desierto,
 Con duro casco el pedregal trillando ;
 Ó para en alta loma
 Y suelta su relincho sonoro

Si oteó la yeguada desde lejos ;
 Ó á la orilla del río espacioso
 Tranquilo al ruido va del agua mansa,
 Con las brisas del monte jugueteando,
 Por la alta grama de la fértil vega
 Que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas : cuál fué la española
 (Pues mujer debió ser sensible y bella)
 Que, cual triste recuerdo
 De patria ausente ó fúnebres amores,
 Pasando á la comarca
 De la extensa y feliz Cundinamarca
 Trajo consigo el germen de las flores ?
 Débenla nuestros prados y pensiles
 Verse alfombrados de las nuevas rosas
 Cuando en el cielo ríen los abriles ;
 Y el clavel salpicado
 Con el múrice tirio
 La altiva copa alzar en frágil ramo,
 Y su manto ostentar, más esplendente
 Que los del mismo Salomón, el lirio ;
 Y la albahaca, del hogar amiga,
 Que crece sin fatiga,
 Con su aroma empapar todo el ambiente.

Rasgando el aire mudo,
 Cuando apunta la luz del nuevo día,
 No bajará quejoso el son agudo
 De la campana desde excelsa torre
 Á celebrar las glorias de María ;
 Mas del pajizo alar de la cabaña

Saldrá el clangor cual de clarín sonoro
 Del gallo vigilante,
 Que salude el lucero de la aurora,
 Que sube por el éter rutilante
 Tiñéndose del sol con la luz de oro ;
 Y veráse después cómo á la turba
 Que su serrallo numeroso puebla,
 Con voz amante llama
 Á recoger el derramado grano
 Del rubio trigo entre la verde grama,
 Como después que el labrador recoge
 En la espaciosa troje
 Los frutos que le dió pródigo el cielo,
 De las chisgas el pueblo numeroso,
 En alas de los céfiros traído,
 Cual en un gran palacio prevenido
 Por el Dios bondadoso,
 Sobre un árbol copudo abate el vuelo.
 Debajo de la tribu desaparece
 De repente el follaje ; el árbol brilla
 Como una grande cúpula de oro,
 Y de tanta avecilla
 No cesa un punto el gorjear sonoro ;
 Así de la Misión todos los niños
 Cuando oyen la sonora campanilla,
 Corren en torno de la Cruz que arranca
 Enhiesta al aire y cercan al anciano,
 Que entre tantas cabezas infantiles
 Descuella allí con su cabeza blanca.
 ¡ Oh ! ni Platón, ni Sócrates, famosos,
 En los anales del saber, supieron
 Tras largos años de velar contino

Lo que estos pobres niños, candorosos,
 De los trémulos labios del anciano,
 Al pie del leño rústico aprendieron.

No es bastante al ardor que el pecho inflama
 De los santos discípulos de Cristo
 Una sola región y un solo clima.
 Ellos irán de amor la pura llama
 Á prender en el pecho del salvaje,
 Á par las artes de la paz mostrando,
 Al suelo donde Arauca se derrama
 Y el Meta, y Casanare y raudo Upía,
 La inmensa soledad fertilizando.
 Subirán á la cumbre siempre yerta,
 Trono de la borrasca asordadora,
 Y oirán por fin el cántico sonando
 En loor de la Cruz reparadora,
 En cuantas son las lenguas,
 Por cuantas son las tribus que mi patria
 Pueblan del Occidente hasta la Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,
 Porque después de alzar templos suntuosos
 Á nuestro Padre Dios que está en el cielo,
 Al enfermo abrirán quietos asilos,
 Darán madre á los huérfanos
 Y bendecido lecho á los ancianos,
 Donde al fin puedan expirar tranquilos.

¡ Y es poco aún !... En su incansable anhelo
 Por anunciar la vida á las naciones,
 Quieren centuplicar la voz divina,

Fijando su fugaz é instable vuelo;
 Y el árbol de la ciencia, [y muerte
 Que es bien á un tiempo y mal, y vida
 Que encontró Guttenberg, ellos plantaron,
 Antes que otro, en la tierra granadina.

¡ Oh ! ¡ dadme frescas palmas
 Con que tejer coronas
 Que ornén la sien del vencedor ! ¡ Oh ! ¡ dadme
 La lira de grandílocuos conceptos
 Para cantar sus ignorados nombres ;
 Y en alas de los céfiros llevados
 De la tierra á los climas apartados,
 Sean amor y orgullo de los hombres !
 ¡ Á todo bien tributo de alabanza !
 ¡ Á toda noble inspiración un canto !
 Lo mismo al que confiando su fortuna
 Á frágil tabla y á delgado lino
 Al océano férvido se lanza
 Hallando de la América el camino,
 Que al que rasgando el florecido manto
 De la tierra el arado usó primero :
 ¡ Á todo bien tributo de alabanza !
 ¡ Á toda noble inspiración un canto !



BOYACA

Yo contemplé con pasmo religioso
 Alzarse el sol ardiendo en vivo lampo,
 Una vez y otra vez resplandeciente,
 ¡ Famoso Boyacá ! sobre tu campo.
 Ya los ecos salvajes
 De tu colina bella
 No repiten del bronce el estampido :
 Ya de tu antigua gloria en ti no hay huella ;
 Y aquí se dieron cita
 Dos pueblos valerosos
 Á definir una mortal querella ;
 Y éste es el mismo río que, engrosado
 De las tormentas con las turbias aguas,
 Sobre la roca solitaria espuma,
 Donde enlazados en abrazo odioso
 En la última agonía
 Los cuerpos de los fuertes campeones
 Arrastró confundidos aquel día.
 No hay túmulos aquí, no hay inscripciones
 Que conmemoren tan heroicos hechos.
 Las cruces de madera
 Con que la religión honró las tumbas

Cayeron ; ahora extienden los helechos
 Tan sólo aquí su movediza copa,
 Y pasta mi corcel la verde grama
 Que de los bravos el sepulcro arropa ;
 Y aquí, de noche, los labriegos oyen
 Suspiros en el viento,
 Tropeles de caballos desbocados
 Y el retintín de aceros que se chocan,
 Cuando se pone la menguada luna
 Entre las negras nubes de Occidente,
 Y el can ladra á las sombras tristemente.

Los Alpes gigantescos, la barrera
 Que entre los pueblos asentó el Eterno,
 No atajaron el paso al fiero Aníbal,
 En Trasimeno vencedor y en Canas,
 Ni al gran Napoleón para ceñirse
 De Marengo los lauros
 En las campiñas fértiles romanas.
 Cállense estas empresas generosas ; [grandes ;
 Que aquí hay mayor virtud y hechos más
 Como á la cima de los Alpes vence
 La excelsitud enorme de los Andes.

Desde donde el Apure al Orinoco
 Con ronco estruendo su raudal tributa,
 Hasta donde los Andes su cabeza
 Alzan orlada de perpetua nieve ;
 Llanos inmensos, caudalosos ríos,
 Soledad espantosa atravesando,
 Bolívar salva, al español buscando.

No el cielo, triste con el largo invierno,
 Que torna en mar inmenso las sabanas ;
 No la inclemente tierra, en que del tigre
 Sólo se ven las huellas,
 Á Bolívar detienen : marcha, abajo
 Quedan los llanos ; marcha, y á la cumbre
 Trepa de los gigantes de la tierra,
 Y pisa al fin la ubérrima comarca
 De la bella y feliz Cundinamarca.

Cual tempestad horrenda que camina
 Cubriendo con sus alas pavorosas
 Monte y valle, poblados y colina ;
 La obscuridad y el miedo la preceden,
 El exterminio y muerte van con ella ;
 Sopla abrasando el huracán ; se raja
 La obscura nube donde duerme el rayo,
 Y en ángulos de fuego corre y baja ;
 Retumba rimbombando el ronco trueno
 Y de la tierra se estremece el seno :
 Así Bolívar llega y se presenta
 Á la contraria hueste de improvisó,
 Que, asombrada, la fuga en vano intenta.
 El héroe, como el águila, sedienta
 De sangre y de furor llena y de rabia,
 Que por doquier su presa enhambrecida
 Sigue sin darle punto de respiro,
 Cierra las sendas á cobarde huída.
 Y se traba la lid : la muerte cruda
 En ambos campos pasa la hoz aguda
 Inmolando cien víctimas y ciento ;
 Y cuando en el hervor de la pelea,

El tronar del cañón cesa un momento,
De los heridos se oye la alarida
Con triste guaya ensordeciendo el viento,
Ó la voz de Bolívar conocida
Que al combatiente infunde nuevo aliento.

El sol que en la mitad de su carrera
Vió empezar el combate,
De púrpura riquísima en el velo
Que en el pórtico tiéndese del cielo
Ya con menos fulgor la frente abate;
Y la mortal contienda acaba sólo
Cuando llega la noche, y las estrellas
Con su luz celestial bañan el polo.

¡¡ Cuántas veces

¡ Oh! ¡ qué espléndido triunfo!
Cuando el héroe magnánimo,
En las noches sin sueño,
Solitario en su tienda se sentaba
Y el pensamiento inquieto revolvía
Al tiempo irrevocable,
Las inmortales hijas de su gloria,
— Ayacucho y Junín y Carabobo.... —
Radiosas desfilar ante él veía!
Cual Boyacá ninguna
Entre tanta victoria;
Que así pierden su brillo las estrellas
Cuando aparece la fulgente luna.

Se figuraba entonces estar oyendo
El eco del clarín entre el redoble
Del atambor guerrero y las descargas;

Del cañón el estruendo,
Los gritos de victoria, los quejidos
Del soldado muriendo,
Y el alto relinchar de los caballos
Que sin dueño en el campo vagueaban;
Y ver el flamear de las banderas
Y el brillo de las armas refulgente,
Y las nubes de humo....
Á nueva vida entonces renacía
Su corazón de penas expirante,
Cual cobra su esplendor por un momento
Lámpara moribunda
Cuando sopla una ráfaga de viento.
Es de inmortalidad el aura santa
Que de otros mundos á nosotros viene,
Que nuestro pobre corazón inunda
De paz, que en el martirio nos sostiene
Y á regiones de gloria nos levanta.

¡ Todo pasó! Mas cierto
Que tal virtud, valor y patriotismo
Mejor corona y premio merecían.
¡ Patria! tú mandas el deber severo,
Sin prometer el canto de la fama
Ni el honor del sepulcro postrimero.
¡ Regóciate ya! Los claros nombres
De tus hijos, á par pueden oírse
De los que fueron prez de otras edades,
Más semidioses que hombres,
Camilos, y Leonidas, y Milciades.

Mas si tales la suerte y los destinos
De nuestra raza son; y si el torrente

Del tiempo en sus revueltos torbellinos
 Consigo arrastra á una
 De los mortales glorias y fortuna,
 Quedan con todo nombres
 Que eternos vivirán entre las gentes ;
 Y el tuyo ¡ Boyacá ! fué consagrado
 Á la inmortalidad en el gran día
 En que Bolívar desnudó su espada
 En tu glorioso campo,
 Y dispó con victorioso lampo
 De esclavitud la centenaria niebla
 En que Colombia mísera yacía.

¡ Oh Boyacá ! ¡ Tú, testimonio vivo
 Eres de esta verdad asombradora !
 Vives ; mas sólo reina en tu colina
 El silencio sublime
 De augusta majestad ; si el viento gime,
 Sólo la voz del río aduladora
 Lleva, ó la del cansado peregrino
 Que canta — y no á tu gloria, que él ignora —
 Por consolar la pena del camino.



A TUNJA

DESDE EL ALTO DE SORACÁ

I

¡ Oh ! ved allí la antigua y noble villa
 Patria del Zaque y tumba de Rondón,
 Con su aire puro y su brillante cielo,
 Sus altas torres que ilumina el sol.

Á su sagrado suelo no dan sombra
 La palma, el limonero ni el jazmín ;
 Ni se escucha la voz de los torrentes
 Que ronca suena al último confín.

Esto conviene á sus pasadas glorias
 Y á su terrible y fiera majestad ;
 No el vuelo de la brisa entre las flores,
 Mas ronco son de recio vendaval.

Ella, cual la Cibeles de la fábula,
 Nos muestra, sonriendo, por blasón,
 La virtud y belleza de sus hijas,
 De sus heroicos hijos el valor.

Que tengan otras tierras bellos campos,
Ríos, flores... ¡ qué importa !... aquí nació :
¿ No ama también el águila su roca,
Cual su humilde rosal el colibrí ?

II

Esos despedazados monumentos,
Que no pueden mirarse sin dolor,
Son elocuentes ruinas que publican
Noble infortunio y sin igual valor.

¡ Qué luz de gloria en los antiguos días
Su augusta frente iluminó fugaz,
Cual se mira entre nubes tormentosas
El iris del Señor reverberar !

Cuando Aquimín manchaba con su sangre
Las aras en que amor le coronó ;
Cuando Quesada sus feroces huestes
Como un torrente asolador soltó ;

Y cuando, desplegando al vago viento,
Roto por la metralla en Boyacá,
El pendón de la patria flameaba
Prenda de redención y libertad....

De tu glorioso escudo los cuarteles
Por la injuria del tiempo destructor
Cayendo van sin remisión ¡ oh Tunja !
Cuna de la nobleza y del honor,

Cual vuelan por el bosque solitario
A impulso del horrisono huracán,
Una á una las plumas desprendidas
De las alas del águila caudal.

III

¡ Quién te volviera el esplendor perdido,
Tu majestad y tu opulencia, quién !
¡ Quién sobre ti vertiera los raudales
De riqueza, de gloria, dicha y bien !

¡ Oh ! si tus mismos hijos... Mas ¡ silencio !
Que de la ausencia escucho ya la voz
Inflexible sonar... Adiós ¡ oh Tunja !
Adiós ¡ oh Tunja, y para siempre adiós !

